

LA ULTIMA INQUIETUD DEMOGRAFICA: IDEAS, POLITICAS Y REPERCUSIONES

por PETER BAUER*

La presión y el crecimiento demográficos son considerados en gran medida como las principales causas de la pobreza del Tercer Mundo y como los principales obstáculos que impiden el desarrollo. Según las elocuentes palabras de Robert McNamara: "Para expresarlo en términos sencillos, el mayor obstáculo específico que dificulta el progreso social y económico de la mayoría de los pueblos del mundo subdesarrollado es el desenfrenado aumento de la población (...). La amenaza de presiones demográficas incontrolables es muy semejante a la de una guerra nuclear (...). Ambas pueden ocasionar y de hecho producirán consecuencias catastróficas a menos que sean encaradas con prontitud y de manera racional" (1).

De acuerdo con esta concepción, los gobiernos del Tercer Mundo deben promover el control demográfico, y deben ser presionados o inducidos a hacerlo mediante la asignación de ayuda externa destinada a este propósito y mediante el apoyo a los gobiernos que ponen en práctica dichas medidas. Estas políticas ya están siendo aplicadas, y han sido analizadas críticamente en esa magistral obra del profesor Julián Simon *The Ultimate Resource*, especialmente en el capítulo 21, y también —aunque más brevemente— en mi libro *Equality, The Third World and Economic Delusion*, capítulo tres (2).

La esterilización obligatoria de cientos de miles de personas en la India entre 1975 y 1977 ha sido tal vez el caso más extremo registrado hasta la fecha. El 16 de abril de 1976 el gobierno de la India publicó una declaración titulada *Política Nacional de Población*, después de manifestar que el problema demográfico era al mismo tiempo tan gigantesco y tan apremiante que la educación era un sistema demasiado lento para resolverlo, por lo que se requería adoptar medidas coercitivas para abordarlo directamente: "Nos parece que allí donde la legislatura estatal (...) decide que ha llegado el momento apropiado y que es necesario aprobar una legislación que prescriba la esterilización obligatoria, debe hacerlo". Más de seis millones de personas fueron esterilizadas en la India entre julio y diciembre de 1976, varios miles de ellas de manera forzosa (3). Los espantosos métodos y resultados de este programa apoyado por las naciones occidentales han sido descritos verazmen-

* LORD PETER BAUER: Economista y cientista político británico. Profesor del London School of Economics y miembro de la Cámara de los Lores.

(1) Robert S. McNamara. *One Hundred Countries, Two Billion People: The Dimensions of Development*, Londres, Pall Mall Press, 1973, pp. 31, 45-46.

(2) Princeton University Press, 1981; Princeton, N.J. Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1981, y Methuen and Co., 1983 (edición en rústica); Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1982.

(3) Paul Demeny, "Bucharest, Mexico City and Beyond"; *Population Notes 55*, The Population Council, Nueva York, septiembre de 1984. Se trata de un artículo sumamente informativo y perspicaz, que revisa algunas de las ideas más ampliamente analizadas y algunas de las políticas adoptadas en esta área.

te en publicaciones que manifiestan una especial simpatía por el Tercer Mundo, como *The New Scientist* (Londres) y *The Washington Post* (4).

Estas concepciones y políticas se fundan en las siguientes suposiciones, ya sean explícitas o claramente implícitas: el rendimiento y el progreso económico dependen en forma decisiva de los recursos por habitante, principalmente la tierra, pero también del capital; el ingreso per cápita es un indicador confiable del bienestar económico y puede servir como su representante; las tendencias demográficas para las décadas futuras pueden ser pronosticadas de manera confiable; los habitantes del Tercer Mundo no conocen el control de la natalidad y procrean hijos sin tener en cuenta las consecuencias; y Occidente está facultado u obligado a presionarlos para que modifiquen sus hábitos reproductivos.

Estas ideas se contraponen con la simple evidencia y con los principios morales básicos.

Tanto la historia económica como la situación contemporánea permiten advertir claramente que el razonamiento convencional no identifica los principales factores que están detrás del progreso y de los logros económicos; que dichos factores no interactúan como se supone; o bien que ambos fenómenos ocurren a la vez.

El rápido crecimiento de la población no ha inhibido el progreso económico, ya sea en Occidente o en el Tercer Mundo contemporáneo. La población del mundo occidental ha aumentado más de cuatro veces desde mediados del siglo 18. Se estima que el ingreso real per cápita ha aumentado al menos cinco veces. La mayor parte del alza de los ingresos se produjo cuando el número de habitantes aumentó tanto o más rápido que en la mayoría de las naciones del mundo subdesarrollado contemporáneo. Asimismo, en lo que actualmente se denomina Tercer Mundo, el crecimiento demográfico a menudo ha ocurrido paralelamente con un rápido progreso material. En la década de 1890, la Federación de Malasia era una región escasamente poblada de villorrios y aldeas pesqueras. Hacia la década de 1930, muchos antes de que llegara la asistencia extranjera o de que se adoptara una planificación económica formal, se había transformado en un país de grandes ciudades con un comercio extensivo y con actividad agrícola y minera. La población aumentó desde cerca de 1,5 millones hasta unos 6 millones; y el número de malayos desde alrededor de 1 millón hasta cerca de 2,5 millones. Esta población mucho más numerosa gozaba de un nivel material muy superior y vivía mucho más tiempo que los exiguos habitantes de la década de 1890. Desde la Segunda Guerra Mundial diversos países menos desarrollados han combinado el aumento de la población con un

(4) E.G. J. Hanlan y A. Agrawal. "Mass Sterilization at Gunpoint", *New Scientist*, Londres, 5 de mayo de 1977. Señalan los autores: "Los organismos de asistencia occidentales... o bien guardaron silencio o bien aplaudieron el programa de esterilización. El presidente del Banco Mundial, Robert McNamara, se tomó un tiempo en medio del recargado programa de actividades de su viaje a la India para visitar brevemente al Ministro de Salud y Planificación Familiar de esta nación para congratularlo por la voluntad política y la determinación del gobierno indio de popularizar la planificación familiar. Esto ocurrió en noviembre de 1976, durante la etapa culminante de la campaña de esterilización obligatoria". Véase también la edición de *The Washington Post* del 4 de julio de 1977, donde se incluye un informe sobre la esterilización forzosa y masiva aplicada en la India.

crecimiento económico acelerado, incluso espectacular, durante décadas consecutivas, de lo cual son testimonio Taiwán, Hong Kong, Malasia, Kenya, Costa de Marfil, México, Colombia y Brasil, entre otros.

La escasez de tierra y de recursos de inversión no constituye un obstáculo decisivo para el logro y el progreso económico. En particular, la prosperidad sostenida (que debe distinguirse de las ocasionales rachas favorables) le debe poco o nada a los recursos naturales, lo cual queda atestiguado con el caso de Holanda en épocas pasadas, gran parte de cuyo territorio fue drenado del mar hacia el siglo 17; Venecia, rica potencia mundial construida sobre unos pocos terrenos cenagosos; y actualmente, Alemania Occidental, Suiza, Japón, Singapur, Hong Kong y Taiwán, por nombrar sólo los ejemplos más obvios.

Por el contrario, aun cuando vivían rodeados de abundantes tierras y contaban con vastos recursos naturales, los aborígenes precolombinos siguieron llevando una existencia extremadamente miserable sin animales domésticos y sin siquiera conocer la rueda, mientras que gran parte de Europa, con una extensión de tierra mucho menor, ya gozaba de riqueza. Además, la mayor parte de Africa y de Latinoamérica y un vasto sector de Asia se encuentran escasamente poblados. Muchos millones de personas en situación de extrema pobreza disponen de abundantes áreas de tierras cultivables. La carencia de tierras cultivables o potencialmente cultivables no explica las hambrunas ocurridas en naciones y regiones africanas poco pobladas como Etiopía, Uganda, Tanzania, Zaire y el Sahel, ni el excesivo atraso en que vive la población indígena de América Central y del Sur, o los pigmeos y aborígenes de Asia y de Africa. En muchas de estas regiones la tierra es un bien gratuito.

En gran parte del Tercer Mundo la extremada escasez de habitantes obstaculiza el progreso económico de la gente emprendedora. Presenta obstáculos más eficaces que los que supuestamente impone la presión demográfica. Limita el campo de acción para las iniciativas empresariales, pues impide la creación de servicios de transporte y comunicaciones, y retarda la expansión de mercados y de nuevos métodos e ideas.

Dicho sea de paso, la abundancia de tierra cultivable es absolutamente compatible con el clamor en pro de la reforma agraria y de la expropiación de haciendas y plantaciones ya establecidas, desarrolladas y valorizadas gracias al esfuerzo y el ahorro de gente productiva. ¿Quién no acogería con beneplácito un obsequio gratuito de activos valiosos?

En contraste, muchas de las áreas más prósperas del Tercer Mundo están muy densamente pobladas, incluso en sectores donde la tierra no es intrínsecamente fértil. Algunos ejemplos los constituyen Taiwán, Hong Kong, Singapur y regiones de Malasia.

Tampoco es la escasez de capital un obstáculo decisivo para el progreso. Si lo fuera, grandes cantidades de gente muy pobre no podrían haber alcanzado la prosperidad dentro de pocos años, como ha ocurrido en todo el mundo, por ejemplo en las comunidades inmigrantes en Norteamérica y en el sudeste asiático. Incluso la gente muy pobre puede generar capital y a menudo efectivamente lo hace. Puede lograrlo al sacrificar tiempo libre en aras del trabajo, al transferir la mano de obra y la tierra hacia un uso más

productivo (por ejemplo, desde la producción de subsistencia hacia cultivos comerciales). De igual forma, hay comerciantes en la inopia, frecuentemente analfabetos, que han acumulado capital abriendo mercados locales.

Asimismo, como factor del progreso económico, la calidad de la inversión es más importante que su volumen. El gasto no se torna productivo sólo con denominarlo inversión. Aparte de muchas otras evidencias, lo anterior queda de manifiesto si se consideran los numerosos proyectos prestigiosos que se llevan a cabo en el Tercer Mundo. E incluso cuando el gasto de inversión conduce a la formación de capital productivo, es pertinente que la formación de bienes de capital no se transforme en un factor predominante en el desarrollo de largo plazo. Kuznets ha estimado que el aumento de los bienes de capital y de la mano de obra considerados en conjunto han dado lugar a menos de la décima parte del crecimiento de largo plazo en Occidente en los dos últimos siglos.

La difusión del conocimiento, los cambios en los hábitos y en las actitudes, la redistribución de los recursos, el cambio técnico (a menudo confundido con la acumulación de capital) han sido mucho más importantes como variables independientes en el progreso económico que la formación de capital, sin hablar del volumen de fondos de inversión que a menudo no genera capital productivo.

En todas las sociedades que han superado la etapa de subsistencia más elemental hay y siempre han existido profundas diferencias en cuanto a los logros económicos y al ingreso entre individuos y grupos con acceso a los mismos recursos físicos, especialmente la tierra. Algunos ejemplos evidentes de tales diferencias entre grupos dentro de un mismo país incluyen las que existen entre chinos, indios y malayos en Malasia; entre chinos y diversos grupos en otras regiones del sudeste de Asia; entre parsis, jainas, marvaris y otros en India; entre griegos y turcos en Chipre; entre asiáticos y africanos en Africa central y oriental; entre los ibos y otras tribus en Nigeria; y entre chinos, libaneses y antillanos en la zona del Caribe.

En muchos de estos casos los grupos más prósperos eran discriminados en el acceso a la tierra y con frecuencia se les impedía poseerla. Por otra parte, en el sudeste asiático los chinos que reciben el más alto ingreso promedio viven en áreas más densamente pobladas que los tailandeses, birmanos y malayos. Del mismo modo podrían citarse ejemplos propios del mundo occidental, principalmente los hugonotes, judíos y disidentes.

Tales situaciones y relaciones no podrían surgir si los recursos físicos fueran factores decisivos para la prosperidad y el progreso.

En los actuales debates públicos también se sostiene habitualmente la existencia de efectos adversos más específicos del crecimiento demográfico. Entre ellos se incluye la eventual escasez de alimentos; el agotamiento de los minerales y el surgimiento del desempleo en gran escala. Estas aprensiones se basan en nociones sin validez, como aquella de que los métodos de producción y los patrones de consumo no responden a los recursos y disponibilidades; que la mano de obra y el capital no pueden sustituir a la tierra en la producción o el consumo; que no habrá progreso técnico; y que

las personas procrean hijos sin importarles las circunstancias. No voy a tratar de dichos problemas en este artículo, en parte debido a la falta de tiempo y espacio, y además porque han sido analizados detalladamente por el profesor Simon y por mí en las obras a que me referí con anterioridad. Sin embargo, pienso que debo manifestar abiertamente que las ampliamente publicitadas hambrunas que hoy en día azotan al Tercer Mundo no tienen nada que ver con la escasez de tierra. Ellas no ocurren en las áreas densamente pobladas del Lejano Oriente y de otras regiones, sino en las regiones poco pobladas de Africa, especialmente Etiopía, Uganda y el Sahel. Además, reflejan el excesivo atraso y la precaria naturaleza de estas economías de subsistencia, exacerbadas en esas regiones por políticas y circunstancias tales como la supresión del comercio privado, con la consiguiente ausencia de existencia de reserva y vínculos comerciales; la persecución e incluso la expulsión de grupos productivos, especialmente minorías étnicas; la confiscación en gran escala de los bienes; la colectivización obligatoria; la restricción sobre la entrada de capital y sobre la importación de implementos agrícolas y de bienes de consumo; el conflicto civil en gran escala y la falta de seguridad pública. En algunos casos, la mantención de sistemas tribales antieconómicos de tenencia de la tierra también ha inhibido la productividad de la agricultura.

El ingreso per cápita, comúnmente no estandarizado de acuerdo con la composición etaria, se utiliza ampliamente como indicador de prosperidad económica, o incluso de bienestar propiamente tal. Entre otros defectos, en esta práctica se ignora el ingreso psíquico derivado de la salud, de la prolongación de la vida y del hecho de tener hijos, un ingreso que constituye sin duda uno de los principales factores de la satisfacción humana, como queda en evidencia con la disposición favorable de la gente para pagar por los servicios que les permiten mejorar su salud y prolongar su propia vida, al igual que la de sus hijos y padres.

Este método trae como resultado evidentes anomalías. El nacimiento de un hijo reduce de inmediato el ingreso per cápita en el núcleo familiar y también en el país en general. ¿Acaso los padres sienten que han quedado en una situación peor que la de antes? ¿Serían más felices si no pudieran tener hijos o si alguno de ellos muriera?

La proporción relativamente alta de niños y de ancianos en algunas sociedades, especialmente de niños en los países menos desarrollados, es criticada con frecuencia por considerársela como el lastre de la dependencia. Esta terminología implica que los hijos representan meramente un costo o una carga y no una fuente de satisfacción; y además que la supervivencia hasta llegar a la vejez no beneficia a nadie, ni siquiera a los sobrevivientes. De la misma manera, hace caso omiso tanto de la actual como de la potencial contribución económica de los hijos al ingreso y al sustento de los padres.

A menudo se sostiene que la alta fertilidad en los países menos desarrollados trae como consecuencia un nivel de vida tan miserable entre los pobres que no valdría la pena vivir. Similares opiniones acerca de los desposeídos se escuchaban con frecuencia en la Gran Bretaña del siglo 19. Lo anterior se contrapone con la simple observación y con la ética generalmente

aceptada. Incluso los pobres prefieren vivir antes que morir, tal como lo demuestra su decisión de permanecer vivos (5).

La idea de que el crecimiento demográfico obstruye el progreso económico, de que el ingreso por habitante es representativo del bienestar, de que los hijos no son más que un lastre, y de que la vida de los más desposeídos no merece la pena de ser vivida, llevó a sostener que los habitantes del Tercer Mundo no conocen la anticoncepción, se encuentran a merced de impulsos sexuales incontrolables y procrean hijos sin tener en cuenta las consecuencias.

De hecho, los ciudadanos del Tercer Mundo están informados sobre el control de la natalidad, y además habitualmente tienen acceso a anticonceptivos de bajo costo. En la mayoría de las sociedades del Tercer Mundo la fertilidad se halla muy por debajo de la fecundidad. Los métodos tradicionales de control de la natalidad eran aplicados libremente en sociedades mucho más atrasadas que aquellas con un alto índice de fertilidad en países subdesarrollados contemporáneos.

Desde hace varias décadas, los productos baratos de estilo occidental como herramientas, cosméticos, bebidas analcohólicas, relojes, cámaras y muchos otros han sido llamativos artículos comerciales en el sudeste de Asia, en Asia meridional, en el Medio Oriente, en Africa occidental y en Latinoamérica. Poco después de que estuvo disponible en Occidente, la radio de transistores se transformó en un producto ubicuo en el sur de Asia y en el Medio Oriente, en Latinoamérica y en ciudades africanas. Por otra parte, los preservativos, los dispositivos intrauterinos y la píldora, incluso cuando reciben un alto subsidio, hasta ahora se han difundido lentamente en el Tercer Mundo, mucho después de su uso masivo en las naciones occidentales (y también mucho después de la disminución de la mortalidad del Tercer Mundo, lo cual sugiere que en sus países no se desea meramente que las familias numerosas reemplacen a los hijos que han muerto jóvenes o pueden morir a temprana edad). En efecto, estos anticonceptivos por lo general están ausentes allí donde se venden refinados artículos de higiene femenina. Todo lo anterior sugiere enfáticamente que la demanda por anticonceptivos occidentales de bajo costo es limitada, ya sea porque la gente no desea restringir su familia, ya sea porque prefieren otros métodos para hacerlo. En el Tercer Mundo, al igual que en Occidente, la gran mayoría de los padres desea a los hijos que tiene, ya que les procuran satisfacciones, son producto del afecto y permiten que las personas se proyecten hacia el futuro. Con frecuencia también contribuyen en gran medida al ingreso familiar, sirven como apoyo en la ancianidad y a veces otorgan prestigio e influencia. En todos estos contextos los beneficios para los padres pesan más que los costos; y el beneficio obtenido por un solo hijo altamente exitoso excede el costo de los demás.

Así, pues, en el Tercer Mundo los niños que nacen son generalmente deseados. Por cierto que ellos pueden ser evitados. Negarlo equivale a afirmar

(5) "La vida terrenal más fastidiosa y abominable que la edad, el dolor, la penuria y la reclusión pueden imponer en la naturaleza, es un paraíso comparada con lo que tememos de la muerte".

(Shakespeare, *Medida por Medida*, III, I)

que los padres del Tercer Mundo procrean hijos sin importarles las consecuencias. Este punto de vista trata a la gente con un injustificado aire de superioridad y de desprecio, que a su vez desemboca pronto en la coerción.

Desde Malthus a McNamara los pronósticos ambiciosos sobre tendencias demográficas de largo plazo han pasado a formar parte de temores demográficos recurrentes. Estas predicciones cumplen un importante papel en la actual insistencia sobre el control demográfico en el Tercer Mundo. No obstante, por muchas razones, de las cuales sólo puedo mencionar algunas, únicamente los pronósticos más generales sobre tendencias demográficas de largo plazo para el Tercer Mundo son seguros.

En el curso de las próximas décadas seguramente ocurrirán importantes cambios de orden político, cultural y económico en gran parte del Tercer Mundo. Tanto los cambios como su impacto demográfico son impredecibles. Ello es válido incluso para las tendencias de mortalidad, y más aún para las de fertilidad. Los hábitos reproductivos de las personas efectivamente responden a las nuevas condiciones, pero de manera impredecible, lo cual constituye la incertidumbre de los cambios propiamente tales. Esta situación se aplica particularmente en el contexto de un conglomerado tan enorme y profundamente heterogéneo como el Tercer Mundo. La respuesta de las personas es a menudo inesperada, o al menos contraria a la creencia popular. Así, en décadas recientes, en algunos países menos desarrollados el progreso económico ha traído como consecuencia una mayor fertilidad. Además, en algunos de dichos países la fertilidad urbana y rural es prácticamente idéntica, mientras que en otros existe una profunda diferencia entre ambas. La relación entre fertilidad, clase social y ocupación también es mucho más variada en el Tercer Mundo que en Occidente (6).

A pesar de todo, existe una relación de carácter bastante general que ha sido destacada por el profesor John C. Caldwell, y que se basa en los descubrimientos que realizó en Africa. En ella se sostiene que la restricción sistemática del tamaño de la familia en el Tercer Mundo la practican más que nada las mujeres que han adoptado actitudes occidentales frente a la concepción y la crianza de los hijos, como resultado de estar expuestas a la educación, medios de comunicación y relaciones sociales de Occidente. Su actitud respecto del control de la fertilidad no depende del ingreso, del nivel social o del grado de urbanización, sino de la modernización (que, como observa atinadamente Caldwell, es realmente un eufemismo para referirse a la occidentalización). Tal parece que esta conclusión, que concuerda con el sentido común y con la observación, se aplica ampliamente al Tercer Mundo (7).

(6) Las conclusiones en torno a éste y otros problemas relacionados obtenidas por los profesores W. Peterson y John Caldwell, y por el doctor J. Kocher, están resumidas en *Equality, The Third World and Economic Delusion*, loc. cit.

(7) La conclusión de Caldwell está vinculada con su teoría de la reversión del flujo intergeneracional de recursos, que ocurre cuando la sociedad primitiva o tradicional cede paso a la sociedad de transición; cf. John C. Caldwell "Towards a Restatement of Demographic Transition Theory", *Population and Development Review*, septiembre-diciembre de 1976.

La conclusión de Caldwell es mucho más verosímil y posee fundamentos más sólidos que la ampliamente difundida visión según la cual los ingresos más altos de por sí conducen a la reducción de la fertilidad. Los ingresos más altos y la menor fertilidad con frecuencia —aunque de ningún modo siempre— están asociados, especialmente en Occidente y en las zonas occidentalizadas del Tercer Mundo. Pero no es cierto que los mayores ingresos de por sí conduzcan a la disminución de las familias. Tanto los ingresos más altos como las familias menos numerosas reflejan una gran ambición por alcanzar el bienestar material personal y de la familia. Si el ingreso de los padres aumenta como resultado de subsidios o rachas de fortuna, sin que cambie su actitud, es probable que tengan más hijos y no menos.

Las deficiencias en las estadísticas vitales también impiden efectuar predicciones confiables. En gran parte del Tercer Mundo no existen registros de nacimientos y muertes, e incluso allí donde los hay éstos son por lo general sumamente incompletos. En muchos países la estimación del tamaño de la población varía ampliamente. En 1963 la población de Nigeria fue estimada oficialmente en 55,6 millones de habitantes; por su parte, el profesor Peter Kilby la calculó en 37,1 millones. En noviembre de 1984 las estimaciones con respecto a la población de Etiopía fluctuaban entre 32,6 millones y 44 millones de habitantes. Asimismo, las estimaciones de la población de la República Popular China difieren en varios millones. Estas consideraciones deberían contribuir a situar en su debida perspectiva prácticas tales como pronósticos sobre la población mundial para el año 2000 con una precisión de hasta decenas de millones, o como la publicación de estadísticas sobre el aumento del ingreso o de la producción agrícola por habitante en los países menos desarrollados en fracciones de uno por ciento.

Es posible extraer algunas conclusiones generales sin pretensiones sobre las tendencias demográficas del Tercer Mundo durante las próximas décadas. Aun cuando el ritmo y el alcance de la occidentalización son inciertos, es posible que el proceso experimente algún avance. Ello provocaría cierto grado de declinación en la fertilidad por edad específica. Sin embargo, la alta proporción de gente joven y las tasas de reproducción predominantes permiten asegurar que la población en las principales regiones del Tercer Mundo aumentará significativamente durante las próximas décadas. Es improbable que el crecimiento demográfico en el mundo menos desarrollado en general descienda a niveles muy inferiores al 2% y puede que en algunos años se mantenga en cerca del 2,5%.

Las predicciones más específicas serían conjeturales. Y además, ni siquiera son necesarias. Los logros económicos y el bienestar general de los pueblos del Tercer Mundo no dependerán del número de sus habitantes, sino de factores personales, culturales y políticos. No dependerá de cifras sino de conductas, incluida la de los gobiernos (8).

(8) En este aspecto parece necesario anticiparse a una observación o reserva de carácter un tanto técnico, pero que se escucha a menudo. Según ella, los habitantes del Tercer Mundo tienen familias más numerosas que lo socialmente deseable, porque los padres por sí solos no sufragan el costo total de la crianza de sus hijos. Hay externalidades financieras adversas que derivan de las familias numerosas, de modo que los contribuyentes subsidian a los padres.

Nada se obtiene al inducir o presionar oficialmente —basándose en razones económicas o bien morales— a los gobiernos de Tercer Mundo para que promuevan el control de la población.

Algunos defensores de esta política —pero en ningún caso todos, y por cierto no los más influyentes— afirman que al colaborar en la difusión del conocimiento sobre anticonceptivos sólo pretenden ampliar las oportunidades de la gente.

Como ya lo he señalado, los habitantes del Tercer Mundo conocen las técnicas de control de la natalidad y tienen acceso a anticonceptivos de bajo costo. La posterior divulgación de información, o incluso la distribución subsidiada de anticonceptivos, podrá causar un leve perjuicio, aunque el costo financiero puede no ser despreciable. Sin embargo, bien pueden infundir la inseguridad y la tensión si van acompañadas de una insistente propaganda oficial en contra de las costumbres predominantes. Dicho será de paso, esto fue lo que ocurrió en Irán.

Más importante es el hecho de que en muchos países menos desarrollados, especialmente de Asia y de Africa, la asesoría, la educación y la persuasión en la práctica se torna gradualmente en coerción. En la mayoría de estas sociedades la gente está por tradición más sometida a la autoridad que los ciudadanos de Occidente. Y especialmente en los últimos años las expectativas de muchas personas han llegado a depender de los favores oficiales. La promoción en la administración pública, la otorgación de licencias (incluidas aquellas para conducir taxis en regiones de la India), el acceso a créditos subsidiados, viviendas oficiales y otros servicios, todos han estado ligados en ocasiones a la restricción del tamaño familiar. La esterilización masiva y obligatoria aplicada en India sólo fue el caso extremo.

Tales políticas seguramente provocan una profunda ansiedad, además de tensiones y conflictos, y originan los más graves problemas morales y políticos. Si son impuestas con la máxima rigurosidad dejan como secuela una población abatida e inerte.

Una vía enteramente distinta se abre para quienes desean que exista un mayor grado de adopción voluntaria de la limitación familiar. Se trata de una prolongación de la gama de contactos con el exterior a los que tiene acceso la gente común del Tercer Mundo, especialmente contactos con Occidente.

Dichos efectos son más significativos en Occidente que en el Tercer Mundo, porque en este último los gastos públicos en esa área son menores. Por ejemplo, los colegios pueden ser, y con frecuencia son, establecimientos sencillos y de bajo costo. Sin embargo, el gasto estatal destinado a subvencionar a los padres según el número de hijos es correspondientemente menor. Además dichas externalidades no dependen simplemente del tamaño de la familia. Por ejemplo, una familia pequeña puede ser subvencionada si los hijos reciben una educación universitaria financiada por el gasto público, mientras que una familia mucho más numerosa puede no ser acreedora a un subsidio si los padres financian el costo de la educación. En cualquier caso, si las externalidades financieras se consideran objetables pueden ser remediadas al disminuir el gasto, o bien al modificar su incidencia. Ellas no demandan una reducción forzosa del tamaño de la familia.

Los observadores occidentales que instan a controlar la población del Tercer Mundo también propugnan a menudo la otorgación de mayor ayuda a los pobres, incluidos aquellos con familias numerosas. Pero si se subsidia la paternidad es menos probable que la gente restrinja el tamaño de la familia, como sucedería en otras circunstancias. Ello se debe a que los ingresos más altos no son resultado de un cambio en la motivación .

Estos vínculos han sido poderosos agentes que han inducido cambios voluntarios y no obligatorios en las actitudes y costumbres, especialmente aquellas que perjudican el progreso económico. Es posible esperar con seguridad que se obtengan resultados similares en cuanto al control demográfico, originados gradualmente y sin coerción. Debemos pensarlo dos veces antes de ejercer presiones sobre la gente para que modifique radicalmente y con prontitud su conducta en sus aspectos más privados y esenciales.

APENDICE

He limitado este ensayo a problemas que se derivan directamente de la así llamada explosión demográfica del Tercer Mundo. Sin embargo, no quiero abandonar el tema de las tendencias demográficas mundiales sin antes mencionar otro aspecto relacionado con esta materia.

En los años recientes, las tasas de reproducción en Occidente han declinado en forma considerable, especialmente en Europa Occidental. En el así llamado Tercer Mundo, las tasas de fertilidad difieren sustancialmente, pero tanto éstas como las tasas de reproducción son por lo general mucho más altas que en Occidente. Si persisten estas diferencias, con el paso de los años la población de Occidente (incluidos Japón y Australasia) se reducirá considerablemente en comparación con Asia, Africa y Latinoamérica, lo cual en definitiva deberá tener consecuencias políticas y culturales de amplio alcance.

Tampoco en este artículo puedo explayarme, ni siquiera hacer conjeturas, sobre esos horizontes, pero no deberían dejar de mencionarse en un análisis de las tendencias y políticas demográficas contemporáneas.